

EL FALSO VELATORIO DE LA SEÑORITA REMEDIOS

EL hecho aconteció en mi pueblo, hace muchos años, aunque no tantos que no pudiese ser alcanzado por mí, a la sazón zangolotino de bigote en ciernes, florecido en múltiples vocaciones y más en granos, propietario por entonces de una viva y enfermiza sensibilidad a flor de piel, que tantas veces me llevó por la calle de la Amargura, razón esta última por la que acaso pueda recordar desde aquí, ahora, con todo lujo de pormenores, el falso velatorio de la señora Remedios.

Lo más fino y principal del pueblo, rodeando sus blancas carnes en sosiego, su derrumbada armazón de solterona de buen ver todavía, en la que ya no cabían deseos ni tentaciones, la llama de una esperanza, la quemadura de una desazón. Muerta la señorita Remedios, espejo de toda virtud, pozo de innumerables prendas, la flor de la localidad.

Junto a la difunta, embutida en su ataúd de recias maderas pulimentadas, plañian, rituales, algunas mujeres:

— ¡Puertas de la eternidad, abridle paso a la que en vida resultó gloria del pueblo, maestra del buen consejo!

— ¡San Pedro, recíbela como la señorita Remedios bien merece: con alfombras de gala, ramos de baladre en flor, banderas de "viva España", bombillas de árbol de Noel!

— ¡Manos de plata las tuyas, señorita Remedios, que así supieron aderezar a las mejores novias locales, cocinar los más sabrosos torteles, enga-



lanar de puntillas y terciopelos a las santas imágenes de la parroquia y organizar las más divertidas "kermés".!

—¡A la verbena de los ángeles te encaminas ahora, a colocarle al Santo Niño de Mula, en carne y hueso, su capa de tisú; a bordar la espiga y el racimo en el mantel de Jesús Sacramentado, a fabricar, en fin, el mejor tocino de cielo para el banquete de los serafines golosos. Amén!

En el comedor, con litografías de perdices y barrocos bodegones centrados por fruteros en colmo, con relojes de historiado copete y aparador de sólidas maderas labradas, como retablo de catedral, los hombres fumaban. Agotado el laude y finiquitada la exégesis a favor de la difunta, lenguas y ánimos comenzaban a debilitarse.

—¡Pobre señorita Remedios!

—Salud para rezarle y en la gloria nos espere muchos años.

—Así sea.

Alguien, sin excesivo convencimiento pero con una evidente intuición sobre lo apasionante de ciertos temas, comenzó a hablar mal del alcalde, y ya la cháchara alcanzó nuevamente altos niveles de aceptación general.

—Se los digo yo, que lo sé de buena tinta.

—¿Usted cree, don Narciso?

—La cosa está bien clara. Este puede decirlo, que es oficial mayor del Ayuntamiento. ¡Eh, tú, Anselmo, que te torras en el filo de una espada! Que se dice por el pueblo que el alcalde se merienda sus buenos monises con la cuestión de las expropiaciones de la calle Nueva, y que qué opinas tú de la cuestión!

—Yo sólo digo lo que todo el mundo sabe, mira éste.

Súbitamente —casualidad caprichosa, ea—, entró el alcalde, fumando rubio y diciendo eso de que la muerte de la señorita Remedios resultaba ciertamente una pena, y ya todos habían de rivalizar en ofrecerle el mejor y más cómodo sitio y en alabar las prosperidades que el pueblo venía cobrando bajo su vara.

—¡Hombre, si los presupuestos brindasen más generosas perspectivas! Ustedes saben lo que es hoy día la Administración. ¡Ah, si la Administración permitiese!

El alcalde tomó asiento en el más confortable butacón, insistiendo en que un puntal del pueblo se había desmoronado con el fallecimiento de la señorita Remedios.

Mientras, en la alcoba, las mujeres, terminado el rezo del rosario en sus



tres partes, en sufragio de la señorita Remedios, volvían de nuevo al toletole del panegírico a cuenta de la difunta.

—¡Qué maestría la suya, tejiendo randa —proclamaba la directora del Grupo Escolar—, qué atino para dirigir "La madre guapa", de don Adolfo Torrado, a beneficio del ropero infantil; qué garganta para entonar la plegaria de "Los tres amores" en la novena de la Purísima!

—También cantaba con mucha afinación el "Torna a Sorrento" —insinuó una señora con tan tímida y velada voz que nadie llegó a advertir su seguramente atinada apreciación.

—¡Qué corazón el suyo para mitigar el dolor ajeno! —porfió la otra, tenaz. Lo del dolor ajeno le había salido redondo y esto la envalentonaba para continuar, sólo que entonces entraban las señoritas de Gadea, las ricas del pueblo, pañuelo en mano y lagrimón en forma de pera a punto y se armó un revuelo fenomenal de sillas arrastradas, toses, saludos... Las de Gadea proponían asistir todas al entierro tocadas con mantilla española.

—La señorita Remedios bien se lo merecía.

—¡Qué corazón el suyo para mitigar el dolor ajeno! — volvió a insistir la otra para que la oyesen las de Gadea.

Pasada la media noche, alguien inició la bonita y electrizante conversación sobre los muertos enterrados en vida, por lo que, prendidas las voluntades en la fascinación del tema, la difunta pasó a un discreto segundo término. Por otro lado, la verdad por delante, la señorita Remedios estaba tan demasiado vista! Por supuesto que si alguien hubiese caído entonces en dirigir la mirada hacia su cadáver, ¡menuda se arma!

—Pues en Játiva enterraron a una niña viva. Claro, sin saber que estaba viva.

—¿En Játiva dice usted? Allí tengo yo una cuñada.

—Bueno, no sé si fue exactamente en Játiva o en Alcoy. A lo mejor, mire usted, fue en Cataluña, no pongo por mi cabeza.

—En Francia también sucedió un trance parecido. En cierta ocasión, en un cementerio, al abrir uno de los enterramientos, se encontraron el cadáver de una mujer boca abajo.

—Pues yo leí que, estando celebrando un funeral, el muerto se presentó en la iglesia. Claro que esto fue en el extranjero.

—Afortunadamente estas cosas sólo ocurren en el extranjero.

De pronto, un seco alarido cortó a cercén la flor de la conversación. La menor de las Gadea juraba y perjuraba que los dedos de la señorita Remedios habían cambiado de postura.



—¡No es posible!

—¡Qué horror!

Acudieron los hombres.

—*Calma, por favor, mucha calma* —solicitaba el alcalde diríase que desde una alta tribuna paterna, la paternidad que el cargo le confería. Esto apaciguó, en cierto modo, los ánimos. ¿No se encontraban todos amparados por el Ayuntamiento?

—*Si tenemos en cuenta de que las células del cuerpo humano no mueren todas a la vez...*

—*Margas. Les digo a ustedes que la pobre señorita Remedios ha cambiado la posición de sus dedos.*

—*¿Y si todo hubiese sido una ofuscación?*

—*¿Ofuscación? Les aseguro que cuando nosotras hemos entrado los dedos los tenía entrelazados y no libres como los presenta ahora la señorita Remedios, que santa gloria haya.*

Y aún certificando obstinadamente la Gadea menor lo que algunos preferían creer una simple alucinación, la señorita Remedios dio un respingo, descansó las palmas de las manos en los bordes del ataúd y se incorporó de un salto, preguntando a caballo entre el asombro y el desasosiego:

—*Pero bueno, ¿se puede saber qué demonios pasa aquí?*

...Sí, el falso velatorio de la señorita Remedios resultó lo que se dice un velatorio de campanillas. Lo más fino y principal del pueblo, atrás queda dicho, ocupando saleta, alcoba y comedor. La señorita Remedios bien que se lo merecía, tampoco hay por qué insistir, tras escuchar las letanias laudatorias a su favor desgranadas. Pero, lo que son las cosas, cuando andando los años —demasiados quizás—, la señorita Remedios entregó, definitivamente esta vez, su alma a Dios, pude comprobar, con los escasos amigos comunes que me acompañaron hasta la Casa de Beneficencia donde ocurrió el fallecimiento, que en esta ocasión a la señorita Remedios sólo le tocó turno de soledades, parco velatorio de moscas velluditas y nerviosas, esas moscas de terca y agotadora pesadez, obstinadas y voraces, que se beben con apetencia golosa los jugos de los muertos para detenerse luego, más o menos graciosamente, sobre los finos, dorados y crujientes hojaldres de las pastelerías.

